

DAVID OJEDA

PIERNAS DE DAMA BLANCA

Mira. Yo estaba ya en el café cuando llegó uno. No le puse atención mientras permaneció solo, bebiendo jugo de naranja, con el periódico en las manos. Al entrar al lugar el otro, minutos después, me fijé en ellos; no sé por qué. Supongo que les dio mucho gusto el encuentro porque se abrazaron y rieron un buen rato. De todas maneras noté a uno raro; no tanta alegría. Que bueno que me esperaste, dijo otro. Se sentaron a platicar las cosas que recordaban y luego, poco a poco, enmudecieron. Como que se les había terminado la memoria. Bueno, así. Quise que nos viéramos para proponerte algo, anunció otro. Uno no respondió, se veía los dedos, parecía ansioso; de pronto preguntó, pronunciando casi por separado las sílabas: ¿que te caaste con la magdalena?. Si hermano, contestó otro, y te manda saludar. Después, tras un breve silencio, le contó a uno de su nuevo puesto. Era como político. En seguida se entretuvo en extraer un puro de su tubo metálico, en buscarse el encendedor y eso. Uno quiso replicar con un murmullo que aludía a su tipo de trabajo, yo creo, pero de inmediato decidió callarse. Los observaba desde mi mesa y pensé entonces que discutirían la propuesta de otro; no obstante, uno daba la impresión de no tener interés. Habían dejado ya de verse y únicamente uno fingía sonreír con nadie en tanto que tosía el como político poniéndose una servilleta frente a la boca, forzando el hilo de entrada al preguntar a su amigo si todavía jugaba igual que en la facultad. Uno hizo que sí con la cabeza. Una partidita pues, así hablaremos a gusto, propuso otro. Solicitaron un tablero. Yo ordené más café y me dispuse a curiosear desde mi lugar, ahí, a dos metros de los tipos. Al de la esposa magdalena le tocaron blancas.

Negras. Surgen mis trincheras y mis soldados entre nubes de mañana fría, desempolvamos uniformes para ganar o perder esta guerrita contra examigo. Jugar en un día que todo quiere hundirse porque el oponente se presenta a la batalla magdalena acompañado de recuerdos y entonces a darle versus dragón y princesa magdalena. La propia suerte depositada en dieciséis trozos de madera.

Eso se descubre en los primeros momentos, ¿no?, por el modo de coger las piezas para alinearlas o principiar la apertura: ritualmente (P4R). Será un buen juego, me dije. Tú lo hubieras notado también. ¿Verdad?

Avancemos (P4R), que se entable una lucha gris, negritas, donde la mayoría somos nosotros, inermes, metidos en nuestra ropa, buscando una loza firme que nos brinde apoyo. Atacar durante un momento frágil que nos empuja a cruzar viejas puertas magdalena y a recorrer pasillos en ruinas, lugares abandonados en silencio alguna vez. La cueva del dragón, por ejemplo, dentro de la que un eterno cadáver magdalena descansa pálido y mustio en su caja de madera. Nos frotamos las manos

para demostrar entereza en una contienda que nos lleva a echar la vista atrás para reconocer nuestros pasos que brillan sobre las lozas indicándonos que nunca hemos abandonado los laberintos que conducen a nuevos pasadizos nuevos lugares amenazas antiguas sensaciones magdalena que se han venido gastando a fuerza de mimos magdalena. Antes, es cierto, corrimos por aquí sin reparar en el lugar; ya no más ahora que el tiempo nos pesa y hace falta, que cada recoveco es habitado por arañas golosas que devoran los insectos menores de la memoria. Así se ve el asunto y a quién le importará, negritas; ninguna amiga vendrá a tendernos una mano que nos acaricie la cabeza, ningún amor viejo magdalena se levantará para indicarnos la salida a dónde magdalena. Nadie. Y sin molestia por la oscuridad intuiremos miradas de alianza dentro de una soledad que nos seca el cuerpo y nos empuja a la habitación más alejada y húmeda; ahí, una gota terca marcará el tiempo y nuestro fin tarde o temprano. Hablamos, sí, contamos medianas aventuras a nuestros compañeros, mencionamos fobias, negritas, el odio al enemigo, los planes acordados; pero nada de nosotros sale a flote finalmente. Siempre metidos en las fauces de un monstruo que apenas nos permite sacar pocas palabras. Sin embargo alzamos los puños y rechinamos los dientes demostrando que el desamparo es aparente. Vemos caras que se mueven, negritas, y cubren el horizonte, blancas todas; detectamos a lo lejos voces de mando y consignas que nos dibujan como un débil enemigo. Entonces despegamos nuestras piernas de las lozas y sentimos que los nervios se nos tensan; luego, una niebla fría vuelve a rodearnos, ocultándonos varias aves perezosas que dejan caer sus plumas viejas sobre campanarios derruidos. Nos encogemos de hombros y calentamos una sopa antes de repeler los ataques que se inician sobre flacas cabalgaduras (C3AR), intentos de cobardes asesinatos a los que debemos responder, negritas, con energía (C3AD). Las puertas se multiplican y cargamos llaves que para nada sirven pues éstas permanecen abiertas, arrojando trozos inservibles de cuerpos magdalena y vapores que nos rodean de pestilencias. También revivimos pesadillas que sólo nos atrevemos a contemplar en sus principios antes de voltearles la espalda sin enmudecer con ellos los gritos de actores mediocres que figuran una locura triste e inútil y muy pinche. Habría que recordar, negritas, caminos de salida, tácticas brillantes; ojear mapas y planos aunque sepamos que se nos esfuman en la parte derecha de la cabeza hasta ser únicamente manchas y rayas grises de difícil interpretación. Y a qué muchacha se pide auxilio así; a quién magdalena que nunca desentrañará la razón de tales marcas y piedras, de este sol apagado que no sabe calentar y descansa los brazos con desaliento antes de largarse. Nosotros, negritas, seguimos sobreaviso, calándonos las botas bajo la lluvia fina, preparando monturas y salvan-



do documentos. Las familias amadas alguna vez llegan a despedirnos y llenarnos el morral con pan caliente. En nuestra última mirada hay rastros de ternura, lágrimas simuladas con un vistazo a los perros. Las palabras, los pequeños reproches y las promesas mueren en un árbol. Quisiéramos entonces que alguien nos pasara un brazo sobre los hombros. Y no es así, ni siquiera el amor más insistente intuirá los momentos en que a todo le da por desmoronársenos. Sólo nosotros a la espera de lo previsible (P4D), buscando las señales de mayor peligro para adelantarnos en la estocada (PxP). Tírar golpes, eludirlos, medir sus intenciones mientras alrededor se fortalece el griterío. Vemos nuestros ojos en el otro: espejo donde se estudia el propio valor. El notará un desasosiego en su mano a la hora de tomar la taza magdalena sabrá que nuestros caminos se orientaron desde el principio magdalena el uno contra el otro y ejecutará su movimiento (P3A) que nos impone una elección definitiva; privilegio de blancas. Y se nos antoja permitirnos un vistazo abajo: valle ocultado paulatinamente por las nubes. En él alguien presentará por un instante magdalena que la lucha se ha instaurado en este café; sin embargo, volverá a sus quehaceres sin sobresaltos o molestias. Solos los dos arriba, manejando combinaciones inofensivas antes de reconocernos del todo en una colina manchada por nubes grises, espesísimas, desembarazándonos de cualquier rastro de cariños. Así, eligiendo una porción del enemigo magdalena le enterraremos dedos y dientes para acabarlo y destruir con él sus amores magdalena aunque crea que caímos en sus trampas: PxP.

Perdiste pinguito, ya te chingaste con esa jugada, gritó de pronto blancas luego de haber estado en silencio. Se puso a reír entre burlón y viejo amigo y después tarareó desafinadamente. Las negras alzaron sus cabecitas; de inmediato confirmaron sus posiciones. A éste se le olvidó la cortesía en el juego, ¿pensaría uno? que sólo limpió a escondidas, con un pañuelo blanco, el rastro de sangre de sus dedos que ya habían colocado el despojo a un lado del tablero. La apertura lucía completa. Uno se veía quieto y extraño. Blancas calculaba el salto de su caballo dama. Los meseros transitaban en silencio por ahí, sin provocar el choque de vasos en la charola. Tense el cuerpo de negras, derecho sobre la silla, frotando constantemente el pañuelo entre sus manos. Otro, seguro de sí mismo, espoleó su caballo (CxP) y volvió a cantar; hacía la voz de modo que sonara chistosa y golpeaba la base de la mesa con sus zapatos, marcando un ritmo monótono. Te voy a joder, pinguito, advirtió arqueando las cejas. Ni siquiera cuando alfil rey negro se impacientó quiso callarse.

A5C. El enemigo, negritas, con los trucos estúpidos de siempre, con olores a loción magdalena y a tabaco, con el leve bulto del bolsillo donde debe cargar la foto magdalena de su mujer y su nenito.

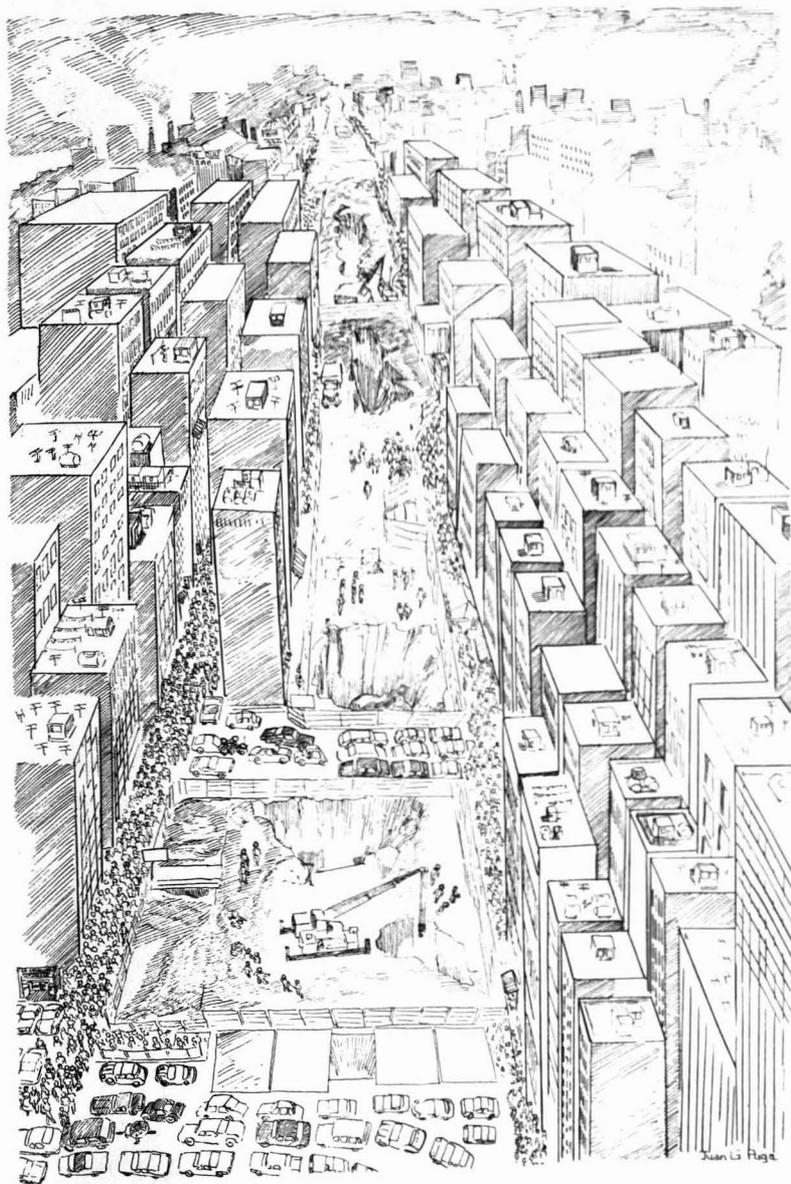
Contendiente que con idiotas canciones pretende arrojarnos un puñado de tierra a los ojos cuando la maza le busca el cuerpo y nuestras torres, negritas, prueban sus cañones. De igual modo habremos de acabarlo al hundirle nuestras manos duras en el abdomen y cortarle la cabeza para mecerla después por los cabellos frente a una multitud improvisada en este lugar. Con un simple juego negritas, con la pérdida de tiempo en un café.

Mi alfilito te va a chingar, repitió blancas balanceando la pieza con un gesto muy lento. Las negras lo vieron instalarse confiado (A4AD). Sobre la mesa se oyeron vocecitas. Curioso, te digo.

P3D. Seguro, con la constante obviedad de su táctica. Intenciones babosas. Y observamos al rival, cómodo frente a nosotros, aliviando su mediocridad con un juego que no evitará nuestras derrotas. Paseamos la mirada por el terreno, ansiosos negritas, buscando magdalena en un árbol con la que podamos ayudarnos a sonreír a pesar del cansancio. Pero ojo negritas, que este hombre no adivine, no, el abatimiento que mostrábamos antes que él apareciera; oigámoslo cantar con indiferencia, como si no fuera aquel tipo a cuyo lado bebimos cerveza cierta vez en una taberna que nos castigó con voces y cánticos de viejos alcohólicos. El, borracho feliz, entonces confesó escribir también poemas a esa dama y después juramos con las manos sobre las dagas respetarle a ella su decisión sin resentirnos. Enemigo examigo, y ahora defiende confiado la risa magdalena de su mujer, la alegría de su hijo; analiza con sorpresa nuestras ropas comunes y gastadas. Nosotros sabemos, negritas, que allá adentro, en su memoria, recreará con burla nuestras alianzas y promesas, los planes de pelear por un futuro que de realizarse ahora acarrearía su muerte, la sinrazón de su avaricia. Por ello hay que manotear contra la niebla que nos cubre, disipar el alcohol de nuestra cabeza, resistir el abatimiento, negritas, y empujar nuestras lanzas en el vacío esperando toparlas en algún cuerpo tibio para luego echar a tierra una rodilla y testificar con deleite su agonía, la pequeña victoria en una larga lucha de la cual esta batalla es un símbolo más: tablero que se transforma en la calle, en el trabajo de todos los días, en la angustia de cada odio.

Tras enrocarse (O-O), blancas se levantó disculpándose con uno: que iba a telefonar, que debían saber donde localizarlo. Negras ni se movió, seguía contemplando algo que no estaba allí y que parecía ser representado por dama blanca. Su pañuelo se teñía de rojo. En ese instante me miró por casualidad y sentí miedo al notarle los dientes tan apretados, los ojos tan brillantes, tanto odio chingado en él. Otro regresó un minuto después, viendo la hora en su reloj muy de oro; anunció que no se preocuparía durante un buen rato. Empezó de nuevo a cantar y dijo por cierto pinguito, la cosa es ésta, me gustaría que colaboraras de algún modo conmigo, puede haber un puesto fregón para tí.

AxC. Por qué nos obliga a escucharlo, negritas, en momentos que la lucha se torna secundaria, justo cuando la memoria reinicia su caracoleo para deslumbrar nuestros ojos y distraernos ante la estocada del rival. La imagen del dragón agita sus alas magdalena al aflojarse las cadenas por descuido. Y entonces, negritas, se adelgazan los diques de los ríos y la seguridad de nuestros paseos por las riberas se ve amenazada. Debemos aferrarnos al odio, negritas, a pesar de los temores por la derrota, hay que forjar planes para festejar el triunfo con antorchas en los montes y verbenas en los jardines que habían poseído mayor trizeza antes de él. Ahí



emergeremos con timidez al principio y luego cantaremos, dueños al fin de nosotros mismos, sin avergonzarnos al vomitar frente a nuestros hijos que sabrán comprender y cuidarán nuestra borrachera cobijándonos con una manta y preparando un café cargado. Negritas.

Pues te chingo tu alfil (PxA), mira, pero no importa, casi gritaba blancas echando el cuerpo atrás y arreglándose el nudo de la corbata, tú podrías ayudarme pinguito, en estas cosas uno necesita de alguien inteligente, qué más que somos amigos, ya verás, decía y decía. Yo captaba sus palabras sin despegar mis ojos del tablero: sobre él los brazos sudorosos se aferraban a las rocas. Uno calculaba el salto de su caballo apoyando los pies como para hacerlo cruzar de un solo impulso el campo de batalla, darle una oportunidad de acercarse a la dama blanca que erguía su cuerpo envuelto en una túnica transparente bajo la cual se delineaba un sostén mínimo y unas piernas lechositas con vellos dorados. No eran deseos de jaquear dama, acosarla, expulsarla de la lucha; sino de cogerse dama, violarla sobre el tablero. En serio.

C3A. Bloquear los caminos que nuestros arrebatos le han posibilitado, negritas; aunque hayamos de despreciarlo todavía: su pesadez le impedirá atacarnos. Veamos su dama solamente, su arma poderosa magdalena. No importa que por las carreteras transiten refugiados solidarios que nos alertan: el dragón se reproduce y nuestro ejército se traba en románticas batallas para las cuales consultamos, negritas, códigos secretos de guerras cuya nobleza fue sólo una apariencia. En el fondo nos vencen los recuerdos magdalena. Abramos pues los ojos, mantengamos vivo el odio, sin permitir, negritas, que las voces que el dragón imita magdalena se perciban sobre el silencio de la pelea.

Negras me asutaba ahí quieto, viendo las piernas de dama blanca e imaginándose, de veras, el sabor agridulce de su sexo; con desinterés del reyecito amilanado en su refugio. Fijate. Yo miraba nomás, para qué moverme. Blancas, muy desenvuelto el señor ese, tronó los dedos para ordenar otro café; contemplaba las mujeres sentadas en una mesa y no cesaba de hablar con el puro aún en su boca. Que ya habían crecido, dijo, no seamos pendejos pinguito, hemos crecido, la papa está en la grilla, allí solamente, ahorita se chinga tu caballo (P5R), entiéndelo, me empujas y subes conmigo, como cuates ¿no? Blancas no lo notaba, yo sí: uno hacía temblar su pierna derecha, nerviosamente, sobre la punta del zapato.

CxP. Y proseguir, hacer que dama se acerque para propiciar de nuevo una despedida triste magdalena observar su cuerpo dar vuelta en aquella esquina donde el dragón apareció por primera vez. Y luego simular la buena cara aunque se aproximasen los vientos de diciembre y uno debiera engañarse con la imbecilidad de sus fiestas usuales, negritas. Se acabó con ella, pobrecita, éntrale a con-

solarla si quieres, anunciarle después a examigo con una falsa sonrisa. Pero nada igual, negritas, jamás, ni siquiera en esta partida donde unas piernas y nalgas magdalena permanecen frías sobre una loza blanca magdalena.

Estás regalándome el juego, cabrón, dijo blancas muy fuerte, alardeando al aprovechar su turno (CxC). Uno, terco, se limpiaba aún los dedos luego de tomar cada pieza. Otro chupaba su puro sin reparar en los gritos que se oían en el tablero, maldiciones muy débiles a veces. Yo en mi mesa, ocultando el interés. Blancas le insistía a negras y éste, sin responder, nomás sentado, miraba por un instante el humo del puro y volvía a concentrarse en la dama rival.

PxC. Así negritas, abrirle el camino, que se presente a impedirnos de manera definitiva el refugio fácil del enroque, recibir su olor a muchacha que se instala a nuestro lado en una clase aburrida y contemplar su cabello, el pecho que le sube tenuemente con la respiración dos senos blancos y firmes ahí esperando un beso cuando no hay maldito escupe-fuegos que lo impida porque nada es recuerdo todavía aquí ella riendo discreta coquetería al bailar magdalena hembra que se emociona con poemas rubia de pecas en la nuca magdalena. Pero no haya memoria en este momento, negritas, con amenazas de desbandada ante la falta de manos que nos alienten desde una casa tibia magdalena, de hijitos que en ella, al mirar la foto de papá soldado, predigan la derrota del enemigo. Solamente el odio contra un mediocre general que muchas veces nos acompañó en inocente borrachera y que ahora nos acosa dama en fila magdalena tras alfil (D3C) para que un antiguo bienestar siga enquistado en el presente magdalena, sin extinguirse los olores del jardín donde mis manos acarician sus nalgas sobre la ropa y se meten bajo su blusa palpan espalda tirantes de sostén que bastaría deslizar y senos libres pero no, negritas, no murmuraba a tiempo antes de despedirse violenta ¿se masturbaría en casa después? a tiempo antes de masturbarse de irme a masturbar a tiempo magdalena antes de preferir los cortejos convencionales de examigo matrimonio. En fin negritas. Y luego aquí está ese odio.

Blancas se impacientó; ¿vas tú pinguito?, repetía. Uno quieto, deslizando su mirada sobre la dama contraria. Se trata de colocar amigos en el comité estatal, continuó blancas, te puedo dar algo ahí hay que moverse, deja ya tus ideas de contaminación, qué marxismo, no seamos pandejos. En el tablero corrían los pobres desertores, asustados, créeme. Negras jugó entonces: cálmate cabrón, dijo cortante. Blancas lo observó sorprendido, como si hubiera adivinado el rencor por primera vez; luego prefirió desentenderse y sonreír. Hasta que hablaste pinguito, comentó.

D2R. Tenemos que cubrirnos, cavar nuevas trincheras desde las cuales luce firme el enemigo, devorando pasteles calientes en tanto que noso-

tros, negritas, dormimos en el lodo y bebemos café aguado y frío. Y si la razón no está de nuestra parte, nos preguntamos. Al contestarnos que sí alzamos la cabeza, sin envidiar ya la blancura de aquel cuartel ocupado por guerreros que visten limpios uniformes y nalguean cariñosamente a sus damas cuyos perfumes magdalena nos llegan confundidos con la pólvora ahora que el dragón arroja uno magdalena olor a pastilla de menta mi modo descuidado de rozarle el cuerpo provocarla así y ella no darse por aludida nada de eso sabía no aceptar la humedad de su sexo magdalena y el calor las pesadillas donde yo los besos y mis manos que lucían enormes como en blanco y negro llenas de pelos duros que la hurgaban y jamás y despertaba llorando con el ansia entre los muslos de llamar por teléfono anunciar que me odiaba pero que fuera una y otra vez pero que vaya y la obligue no llorará magdalena no. Y ahora la batalla, ahora un dragón que nos distrae aún y se niega a esfumarse y sonrío desde sus ojos magdalena y disví nuestra lanza del cuerpo examigo, de su conciencia barata y retorcida que nos amenaza, negritas, concentra sus fuerzas frente a nosotros (A3T). Defenderse, buscar refugios estratégicos, no permitir que el asedio nos enflaque o nos haga suspirar por una paz que apenas se ha vislumbrado en los mejores sueños a pesar del acecho de dragones que frustran nuestros ataques con viejas fotografías donde magdalena montando en bicicleta ella acariciando gato magdalena y amigo buen amigo jugando damas mientras sonrío ignorante al tomar foto pendejo de mí con cámara en la mano. Pero continuemos no defensa apresurada que no semejante idiota nos derrota al demonio que se vaya magdalena (P4A) demonio.

Blancas gozaba, adivinando el triunfo volví a cantar. Conservaba el puro encendido en su mano. Que me contestas, pinguito, decía insistente, te conviene cabrón, al fin comenzaremos a trabajar juntos, como pensábamos hacerlo, aquí te va un jaquecito preventivo (A5C+), a ver, qué respondes pues.

Chingas mucho rival magdalena a largarse ¿no negritas? la batalla no se inicia todavía enemigo fantasma caricatura que no pertenece a ésta sino a otra lucha magdalena tampoco ni dragón anciano que se hunde araña mis baúles los incendia en su agonía qué bueno porque niebla levanta y aunque nadie espere en casa bajar encender chimenea prepararse alforjas para batalla negritas de veras reír en un jardín donde quememos fotografías perfume magdalena magdalena chinguen a su madre enemigos magdalena.

Entonces negras se puso de pie y trató de sonreír; no seas pendejo, le dijo a otro antes de tumbarle el rey blanco en su lugar. Después tomó entre sus dedos la dama blanca, como acariciándola, y finalmente la dejó caer sobre el tablero. Jaque mate, murmuró al marcharse.

